



USOS Y ABUSOS DEL MATERIAL AUDIOVISUAL EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Prof. Jorge Marugán Kraus

Dpto. Psicología Evolutiva y de la Educación

París, 19 de noviembre de 1957

Querido señor Germain:

Esperaba a que se apagara un poco el ruido de todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza no hubiese sucedido nada de esto. No es que de demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello contienen siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser un alumno agradecido. Un abrazo con todas mis fuerzas,

Albert Camus

El sueño de la razón engendra monstruos es la frase que acompaña al grabado número 43 de Goya de la serie Caprichos. Representa al pintor dormitando, rodeado de criaturas nocturnas que revolotean sobre su cabeza. Estamos en pleno siglo XVIII, tiempos de la primera revolución industrial, tiempo del auge tecnológico y científico, de los saberes que se imparten en la universidad. Hegemonía de la razón y del conocimiento a la que el pintor genial opone su respuesta: la razón como un sueño que engendra monstruos.

Las universidades nacieron en el siglo XII estableciendo una modalidad de estudio basado en la investigación y producción de saber que fue ganando terreno sobre el pensamiento mágico, la superstición y el oscurantismo medieval. La Ciencia comenzaba a constituirse como el nuevo paradigma para alcanzar «la verdad» y las universidades transmitirían su método y sus hallazgos para ilustrar e iluminar a la humanidad.

Pero la revolución industrial, su producción de objetos y la necesidad de venderlos introduce también una nueva forma de relación basada en el valor de mercado contabilizable en dinero de esos objetos. Empieza a no importar tanto el valor de uso de un objeto como su valor de cambio; es decir, un objeto puede valer mucho aunque no sirva para nada. El mercado, entonces, se instaura como amo del valor de las cosas.



No podemos ignorar que en la actualidad el discurso capitalista ha alcanzado tal nivel de desarrollo, de implantación en nuestras vidas, que ha convertido a los sujetos en objetos sometidos a su valor de cambio, es decir, en mercancías. Y esto es especialmente palpable en nuestra educación y nuestra universidad. No podemos separar el análisis que hagamos sobre el uso y abuso de las tecnologías en educación de este mandato del amo-mercado al consumo de objetos y también del mandato a ser sujetos tomados como objetos. Por ejemplo, uno de los índices de valoración para la acreditación de profesores que utiliza la universidad como institución es el uso de objetos tecnológicos en su enseñanza.

El reclamo más habitual por parte de los «expertos» para imponer el uso de las tecnologías es la facilidad de acceso a grandes cantidades de información, antes enclaustrada, y la facilidad para compartirla. Entonces, primero: ¿por qué los resultados en el aprendizaje no mejoran exponencialmente sino más bien lo contrario? y, segundo: ¿por qué los vínculos educativos tanto entre estudiantes como entre profesor y estudiantes parecen cada vez más frágiles y conflictivos?

Que la radicalización del discurso capitalista lleva a la deshumanización de los sujetos ya se ha manifestado sobradamente. Pero, ¿qué papel tiene en ello la imposición de objetos tecnológicos en la educación? ¿qué uso podríamos hacer de esos objetos para que remen a favor y no en contra de nuestra educación?

Expongo en primer lugar, desde un enfoque psicoanalítico, algunos conceptos que pueden ayudarnos a responder a las preguntas anteriores. Estos conceptos son "transferencia", "cuerpo" y "vínculo educativo".

Cuando desde el psicoanálisis hablamos de transferencia nos referimos a algo que hacemos constantemente: desplazar o transferir sentimientos que vienen de otros lugares o experiencias a una determinada persona. Esos sentimientos transferidos se actualizan, se reu;ican, se concentran en alguien que, desde ese momento tendrá el poder de alterar, de marcar para bien o para mal a ese sujeto. Un educador, por tanto, se entrega, se hace objeto de la transferencia de sus alumnos, y le conviene estar, si no preparado, puesto que quizá nunca se puede estar preparado del todo, sí al menos advertido. Freud, por ejemplo, en un breve escrito titulado *Sobre la psicología del colegial*, de 1914, se expresa así después del encuentro fortuito con un antiguo maestro:

El impacto que me provocó el encuentro con mi antiguo profesor de la escuela secundaria me advierte que debo hacer una confesión: no sé qué nos reclamaba más intensidad o qué era más sustantivo para nosotros, ocuparnos de las ciencias que nos exponían o de la personalidad de nuestros maestros. Lo cierto es que esto último constituyó para nosotros una corriente subterránea nunca extinguida y en muchos casos el camino hacia las ciencias pasaba exclusivamente por las personas de nuestros maestros, [...] los cortejábamos o nos apartábamos de ellos, les imaginábamos simpatías o antipatías probablemente inexistentes, estudiábamos sus caracteres y sobre la base de estos formábamos o deformábamos los nuestros. Provocaron nuestras más intensas revueltas y nos compelieron a la más total sumisión; espiábamos sus pequeñas debilidades y estábamos orgullosos de sus excelencias, de su saber y de su sentido de la justicia. En el fondo los amábamos mucho cuando nos proporcionaban algún fundamento para ello.

No resulta posible pensar esta atracción tan particular provocada por la *transferencia*, este poder del maestro, sin que éste ponga en juego en el acto educativo su propio *cuerpo*, con sus pasiones y deseos, su voz y su mirada; y su propia imagen, con sus debilidades y excelencias como dice Freud. La tendencia actual a sustituir o desviar la presencia real del profesor, la exposición de su cuerpo, su imagen y su saber por el uso de objetos tecnológicos con valor de mercado, de rápido acceso, objetos sin cuerpo, sin deseo, sin falta no puede dejar de alterar lo que podemos llamar el *vínculo educativo*.



Desde la Teoría de los Cuatro Discursos de Lacan, el educador tiene únicamente dos formas posibles de hacer vínculo con sus educandos; es decir, dos formas de hacer valer su función educativa:

- La primera presentándose como un agente del saber, un saber que es reconocido y controlado por una institución que representa a un sistema y que va dirigido a seres considerados no educados, no formados, no civilizados, no adecuados a ese sistema. Esos seres serán pertinentemente evaluados y tendrán que demostrar la adecuada adquisición de los conocimientos, "competencias" para que el sistema les integre como válidos, normalizados, buenos "reproductores" del saber establecido. Esta forma de hacer vínculo puede ser muy importante para la sociedad, puede tener las mejores intenciones civilizadoras y humanistas, pero tiene una característica peligrosa: permite al amo del sistema, sea el que sea, apropiarse del saber que se pone en juego. Y, cuando este discurso educativo es tomado por un sistema basado en un amo-mercado, el lugar del educador se irá sustituyendo progresivamente por programas ordenados y ordenadores; el educando será tomado como una mercancía y el aprobado o titulado será un "feliz" y reconocido consumidor. Desde este discurso el uso de las tecnologías encajan como anillo al dedo con los ideales del amo-mercado.

- La segunda forma de presentación del educador, la segunda posibilidad de hacer vínculo educativo es como transmisor de un agujero de saber, un agente de la "ignorancia". Eso sí, una ignorancia que sorprende y quiere escuchar, aprender de los educandos. ¿Cómo? haciéndose el educador un objeto vacío para sus educandos, un recipiente vacío que se presta a ser usado, llenado y arrojado en el proceso educativo; y provocando una falta, una incompletud, un deseo de inventar un saber en esos sujetos. El resultado de esta vía educativa no será la de un amo que se apropia y maneja el saber en juego, sino un saber que no sólo queda protegido de cualquier amo, sino que produce el cuestionamiento e incluso la caída de ese amo.

Entonces, desde esta segunda vía, la del maestro-ignorante, ¿qué papel puede ocupar la tecnología como agente de la educación? No puede ser el de proveer conocimientos generando la ilusión de un dominio del saber a través de su expansión, su repetición o reproducción. Pero sí podría ser el papel de ayudar a establecer ese recipiente vacío, esa caída del saber dictado, ante la presentación de una obra que impacta, sorprende o agujerea ese saber. Y, por supuesto, hacer vínculo con ello, vínculo ante la perplejidad, ante la necesidad de reinventar la subjetividad; de hacer, como dijo Machado, camino al andar.

Y en esta vía el objeto de la tecnología nos ofrece grandes posibilidades. Nos permite, por ejemplo, reproducir la invención y al creación artística. La obra creativa, en cualquiera de sus manifestaciones, permite expresar, en ocasiones, aquello del ser humano que resulta velado para la razón, como nos indica el grabado de Goya. La potencia creadora de un escritor, de un artista o de un científico puede resultar mucho más ilustrativa que una infinidad de concienzudos manuales. El acceso a los medios audiovisuales en el aula permite compartir, por ejemplo, una obra cinematográfica completa o por partes de forma sencilla y rápida. Una narración con imágenes bien tratadas seduce e impacta, y puede constituir una buena referencia para el aprendizaje, la reflexión y el debate. No se trata de prescindir de la lectura, o de aliarnos con el bombardeo idiotizante contemporáneo de imágenes indiscriminadas, sino de facilitar a los alumnos el acceso a creaciones que portan un vacío de saber que requerirá, en cualquier caso, un trabajo elaborativo, un tiempo de comprender. Intento ejemplificar el uso de la tecnología en la educación para la creación de un vacío de saber en mi artículo "La enseñanza de la psicología evolutiva a través de un texto literario y cinematográfico: "El perfume", de Patrick Süskind". En "El Perfume" se narra una historia en la que su protagonista, Jean-Baptiste Grenouille, se enfrenta a un mundo que se niega a acogerlo y a otorgarle un lugar, una identidad. La novela y su adaptación cinematográfica nos acercan a profundos secretos del ser humano que sólo pueden ser evocados a través de los "monstruos" que produce la razón.



Bibliografía

FREUD, S. (1996). *Sobre la psicología del colegial*. En Obras Completas, vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1996). *Conferencias de introducción al psicoanálisis. 27ª conferencia: la transferencia*. En Obras Completas, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

LACAN, J. (1994). *El Seminario. Libro XVII. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

SÜSKIND, Patrick (1.992). *El perfume. Historia de un asesino*. Barcelona: RBA editores.